

DE UN MUNDO RARO



SOLANGE RODRÍGUEZ PAPPE
DE UN MUNDO RARO

Título: *De un mundo raro.*

Primera edición: octubre 2021.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Solange Rodríguez Pappé.

Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García.

Prólogo: © Giovanna Rivero.

Foto del autor: © @aaprophoto.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.

www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-0-0

Depósito legal: AB 414-2021

IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

*Estas historias son narradas para entretener
a mi padre que ahora levita*

Raro, hermoso, lúdico. Eso es un mundo

«Yo me inventé la tradición», revela uno de los personajes de Solange Rodríguez, cometiendo una infidencia, desnudando la ambición que anima la escritura de esta poderosa narradora. Y con esa frase, Solange —o su personaje— nos recuerda que el dispositivo esencial de toda tradición es la invención y no (o no únicamente) el cuidado arqueológico y compulsivo de huellas muchas veces recorridas.

Si ese personaje no hubiera desnudado tan impudicamente al talento que le dio vida, de todas maneras, habríamos llegado a esa conclusión. Y es que *De un mundo raro* es como esos libros renacentistas que se empeñaban por abarcar la totalidad y complejidad de la naturaleza, del cuerpo, de los animales, de los palacios, de las artes plásticas, de las matemáticas o de cualquier otra ciencia, con la alta esperanza de celebrar lo humano. *De un mundo raro* recupera esa hermosa y antigua inocencia del Renacimiento, pero a diferencia de aquella época en gran medida iniciática, los cuentos de Solange ponen en contacto el duelo por un mundo extinguido y la celebración de otras posibilidades de vida orgánica y afectiva. Para instalar esa bisagra, Solange Rodríguez necesita, en efecto, de una tradición propia, de una colección de ruinas preciosas a las cuales desafiar con un gesto futurista.

Sin embargo, la imaginación de esta escritora es una jungla indómita y no está muy dispuesta a acomodarse a la galería de

leyendas que pueda ofrecerle un determinado archivo cultural. Solange inventa una tradición en la que lo mismo pueden haber amantes marcianos como un bus conducido por algún Caronte guayaquileño o gatos capaces de fundar hogares póstumos en los armarios e inaugurar laberintos y sendas en países escalofriantes. La tradición de Solange no se asienta en taxonomías, sino en la acumulación lasciva de especies, como una Noé que se divierte embarcando tríos y demás números impares en su nave. Como si esa Noé pensara que la única posibilidad de supervivencia a esta serie de catástrofes postmilenarios consistiera en la apuesta por lo heterogéneo. Nunca más la aburrida pureza, nunca más la categoría absoluta.

Creo, en este sentido, que Solange es una escritora singular, valiente y tremendamente sabia, porque solo quien puede ver a través del fuego de los arquetipos —como lo hace una de sus heroínas— es capaz de reírse juguetonamente de las debilidades humanas y de hacer de esa risa la última utopía. Hay humor en la escritura de Solange, ese tipo de humor que rebalsaba las copas de las diosas de la mitología grecorromana luego de acostarse con titanes, ninfas o animales. Ese buen humor. Solange sabe que el conservadurismo de la solemnidad debe ser derrotado con la impudicia de quien le juega bromas incluso a la muerte, y no porque no la respete, sino porque ve en ella a la más interesante de las interlocutoras. Qué mejor que la risa y sus rizomas kinésicos para comunicar lo incomunicable: el quedarse atónita ante el curso que han tomado la humanidad y sus civilizaciones.

En la zona I del libro, Solange Rodríguez asienta su poética y con ello nos seduce para firmar un pacto que no por modesto es menos fundamental, un acuerdo que establece que no es necesario *crear* en fantasmas, basta con verlos y hacer del ojo (que lee) el portal a otra dimensión. Es así como la narradora instituye la noción del testigo, aquel o aquella que persuade y funda una fe porque «ha visto». A partir de la zona II de este universo, los personajes son convocados a atestiguar lo que

han visto y vivido: el final de la especie humana sobre la faz de la Tierra, la corrupción del mar, la mezquindad de la naturaleza, la pulsión sexual en sociedades transespecies. Por ejemplo, en el cuento «Compañeros de viaje», los pasajeros de un bus que se dirige a San Vicente (¿y cuál es ese lugar?, habría que preguntarse para completar este destino con tono de ronda: «adonde va la gente») comparten con voces trémulas o lascivas distintas leyendas y anécdotas de pueblo. Estos testimonios, que oscilan entre lo macabro y lo hilarante, producen un morbo inquieto, parecido al gozo infantil, suerte de felicidad truculenta de quien lee, protegido por la página, con la certeza de que el hálito putrefacto de lo siniestro únicamente le acariciará la nuca, pero sin romper la carne del presente. Este fantástico cuento —en toda su polisemia— dialoga de modo solvente con *The Mortal Remains*, el relato cinematográfico que forma parte de *The Ballad of Buster Scruggs*, de los hermanos Coen. Y es que *De un mundo raro* es también un western, un western negro latinoamericano, en el que el sujeto mutante, abrazado a su infinita soledad, se desdibuja en el horizonte.

Claro que... la carne del presente no está a salvo. «Noche de difuntos» es una joya del terror. En este cuento, las distintas tradiciones confluyen en un barroquismo contemporáneo que solo Solange Rodríguez puede llevar a cabo. Las intersecciones entre *Halloween* o *Viernes 13* con las celebraciones del Día de los Muertos o el Día de Todos los Santos con *The Walking Dead* confirman, en este relato, que la putrefacción no es otra cosa que el despliegue de vitalidad más pulsional y fascinante. La madre *revenant* será siempre bienvenida en casa, no importa si en formato fantasma —los padres, sus voces, sus mandatos, siempre acaban por afincarse como fantasmas— o arrastrando sus restos para acunarnos como en la primera infancia. Solange se acerca con todos los sentidos a ese nuevo animal sin especie en que deviene un muerto.

La zona III del libro se abre con «Una luz inolvidable». Y, créanme, es inolvidable. En este relato vemos brillar el her-

moso espíritu narrativo de Solange, la sensualidad que empa- pa toda su obra, su admirable maestría para desarrollar tramas lúdicas que nos devuelven una fe de niñas, fe en la vida, pero también fe en la muerte. Aquí, una setentona que consume píldoras doradas para mantener la libido en alto (como una bandera de resistencia política) se enamora de un marciano. ¿Puede el amor salvar el mundo, este mundo material?, es la premisa de este gran cuento de ciencia ficción que no solo echa por tierra la hegemonía de lo distópico, sino que, de nuevo, hace del buen humor todo un género.

«El mar espera entre las astas de los ciervos» es un tejido precioso entre la melancolía, la angustia claustrofóbica y la epifanía que libera, que promete una vida otra, sin las normas de la civilización. Este relato comulga con la categoría creada en el ámbito anglo —la *climate fiction*— para referirse a aquella ficción en la que el cambio climático acciona los cambios civilizacionales más importantes. En un mundo horrorosamente frío, la heroína de «El mar espera entre las astas de los ciervos» hace de la lujuria una suerte de medianidad y es, precisamente, gracias a ese residuo de sí misma que puede salvar lo más humano de un planeta extinguido: la compasión. Un cuento fábula que nos retrotrae a los bosques primigenios, aunque los bosques de Solange estén ya trastornados.

La zona IV nos seduce con otra llave maestra del humor: «Autodiagnóstico» vuelve a mirar a la muerte con gesto irreverente y travieso, esta vez para proponernos que quizás *más allá* las cosas sean verdaderamente justas y la existencia deje de defraudarnos con sus medianías. Y cuando digo «gesto» quiero aludir tanto a las propuestas performáticas que, en general, articulan los textos de Solange Rodríguez, como —en este caso— al hecho de adoptar el rictus de la muerte en el rostro. Así, la muerte en tanto máscara, en tanto inacción, parece ser el maquillaje de tremendas violencias que ni la finitud de los cuerpos consigue sosegar. Sostengo que Solange tenía que escribir este libro fúnebre/lúdico de alto voltaje acaso para

conjurar a ese Guayaquil mortuorio, adolorido, plagado de cadáveres, que los primeros meses de la pandemia dibujaron tan despiadadamente. Era necesario hablar de eso, caminar por las veredas espeluznantes, detenerse, escuchar... y Solange lo ha hecho, se ha acercado para hablar con las muertas y se ha cerciorado así de que, en esa dimensión misteriosa a la que aún no tenemos acceso, por fin hay dignidad.

Este magnífico volumen cierra con el cuento «La madre», un texto en el que vuelve a triunfar el fantasma, energía inasible y persistente que nos deja hablando a solas en la inmensidad de la pérdida. Aquí, todo es culpa del hijo incumplido, cúmulo de células nefastas, alteradas por el azar de la genética. ¿Qué hace, entonces, una madre con toda la voracidad de su amor? ¿Puede esa ansiedad ser placenta suficiente para convertir un teratoma en una criatura perfecta? La escritora construye respuestas posibles con imágenes, epistemes de luz opaca, postales conmovedoras de un naturalismo luctuoso: la madre en el centro de todo. Solange hace de esa mujer otro animal instintivo, recordándonos que si hay alguien capaz de emprender travesías por los territorios de la muerte es ella. Una Orfeo decidida, delirante. Allá irá ella, la madre, desenrollando el cordón umbilical *ad infinitum* con tal de no soltar al hijo. Nada más monstruoso ni más literalmente entrañable que eso.

Trece cuentos como la más maravillosa de las cábalas. Trece fábulas terribles y luminosas sobre este mundo tan querido.

Giovanna Rivero

Una poética

El hombre raro aguardaba por mí tras la estantería del sitio donde hacíamos una de las pausas por la gira del libro. Podía ver la mitad de su cuerpo que no estaba oculto tras la columna que llevaba el letrero de «Esoterismo», contemplándome fijo con un único ojo amarillo como el de un gato cíclope. Aunque la sala estaba a medio llenar, el ambiente no lograba sentirse íntimo como lo había percibido en otras ocasiones en las que me había encontrado con los lectores. La ciudad estaba desconcentrada, andaba de fiestas, me explicaron.

Yo también estaba con pájaros en la cabeza, ansiosa por desacelerar; apenas si pude centrarme en las preguntas de Vicente Cervera. Vicente es un hábil entrevistador y un académico consumado. Se había aplicado en finísimas observaciones sobre los cuentos y me explicó cómo el tema de anudar y de desanudar —un asunto que él había encontrado en algunos relatos fantásticos latinoamericanos— cruzaba mis historias, liándolas. Me habló del Tzitzimite, un duende que pretendía a sus amadas trezándoles los cabellos con ramitas a manera de obsequio galante. Admití que de eso no tenía ni idea y que solo había escrito estos cuentos picoteando ideas recogidas de diversas partes, entre ellas, de mi propia vida. ¿La tradición? Yo me inventé la tradición. Dije que hacer literatura era un asunto de coincidencias involuntarias y por eso los creadores éramos personas deambulando ciegas por reincidentes pasa-

jes oscuros que otros ya recorrieron; usualmente evitándonos, muy rara vez dándonos un abrazo o queriendo proximidad. Añadí que solo podía contar lo que me era revelado y no más allá.

Luego, decepcionándome un poco, Vicente me preguntó en son de broma lo que escuchaba cada tanto en las conversaciones acerca del libro. Era una duda lógica por haber escrito sobre fantasmas. No, no creía con fervor en las apariciones, para mí eran una metáfora de los lutos cotidianos, una posibilidad con la que convivíamos siempre debido al miedo natural de perder lo que amábamos. Aplausos. Cigarrillos. El café postrero que vivificaba y me ayudaba a dar la talla de lo que se esperaba de una mujer inteligente. Al concluir la plática con Vicente vino la hilera de los autógrafos interminables. César, con el que hablaba a veces, me sugirió la costumbre de escuchar con atención a cada persona que se detenía frente a mí y me pedía que colocara una firma en el libro que acababa de comprar. De verdad quería hacer una conexión significativa con los lectores, sobre todo con los que habían emigrado de mi país; algunos, inclusive, lloraban por la casualidad de coincidir con una autora que había nacido en la misma ciudad que ellos y yo les devolvía el abrazo emocionada; pero aquella noche no tenía ganas de intimidad. Estaba agotada.

En una pausa le pregunté a Vicente si sabía quién era el hombre de pelo plateado, medio escondido, tras los libreros laterales. Le pedí que lo mirara con disimulo. Él ladeó su cabeza dorada de oso. No hay nadie allí, me dijo levantando las cejas. Me sobresalté. No te preocupes, niña. Si estás fatigada, como te veo, es normal tener visiones. Está rara la noche, son carnavales y, encima, la luna llena nos acecha. Un poco más tarde todos iremos a casa por nuestras máscaras y después saldremos a bailar, saldremos a asustar, saldremos a ligar, o a lo que nos pida el cuerpo. Yo entendía bien aquello de las máscaras. Había aprendido a encontrar hendiduras en la gira para mi privacidad y mi placer. Un par de veces me había escapado

del hotel y me había ido de marcha, siempre a buscar bares de salsa, y no paraba la jornada hasta volver rendida a la habitación. Buscar salsa en España es como salir a buscar un bar de rock en Cali, bromeaba César; pero ni tan fuera de base estaba yo, así había conocido a Dominic, a Antuan, a Basil, muchachos jóvenes que no sabían mi idioma, pero habían tenido para mí lenguas generosas y barbas castañas, muy suaves. Nunca vayas más allá de besos con desconocidos, me había aconsejado César, ya sabes que en Europa todo es *aquí te pillo aquí te mato*, además, qué van a decir tus editores si no estás de pie a las ocho para volver a la gira y te quedas en cama alcoholizada. Antes de empezar a rebatir imaginariamente con César, me detenía. Le iba a decir que a los hombres se les toleraba mucho mejor las juergas, pero me di cuenta de que me había ido a otro lugar dentro de mi cabeza y él ya estaba en otro momento de la conversación.

Más tarde puede comprobar que el hombre que me acechaba estaba terminando un cigarrillo a la entrada de local. Volvió a mirarme como si no pudiera aguantarse las ganas de lo que tenía que decir. Su vehemencia me llevó a recordar una conversación con una cuencana, dulcísima, que se puso al final de una fila de autógrafos en Madrid. Seguramente a usted le cuentan muchas historias, me dijo, yo quiero contarle una que me da vueltas, porque en mi familia no sabemos qué hacer con ella. Usted debe conocer a ese escritor que se hacía llamar el Faquir, el tártaro, el esotérico, el divino. Dávila, claro, quién no conocía a Dávila y su final, ese corte lateral que se hizo de lado a lado en el cuello como una sonrisa. Dávila era muy amigo de mi abuelo; me cuentan que se quedaban hasta altas horas fumando en el balcón, platicando acerca de sueños y de lo no evidente, mirando cómo se iban apagando las luces de la ciudad monacal. Una madrugada Dávila llegó ansioso, sudaba, no atinaba a decir nada coherente. Pidió exaltado hablar con mi abuelo. Tenía algo importante que contarle, parecía demenciado. Aunque la hora era absurda, mi abuela no tuvo

corazón para echarlo. Le dijo que esperara, que iba a pedirle a Sabino que se vistiera, así que ella también se retiró a adecentarse. Al cabo de quince minutos mi abuelo salió con su atuendo de domingo a atender a Dávila y lo encontró levitando en torno de la mesa de comedor, ensimismado; paseando por el aire con las manos en la espalda a quince centímetros del suelo. Lo llamó tres veces como dicen que hay que traer a la realidad a los posesos y Dávila volvió en sí. Descendió y puso delicadamente las suelas de sus zapatos en la realidad. ¿Y qué era lo que quería contarte con tanta urgencia a tu abuelo?, pregunté. No lo sabemos, en ese punto la historia se detiene. Por eso se la estoy dando a usted, para que le pueda dar algún sentido que nosotros aún no encontramos.

Entonces ella se fue con un peso menos de encima, y ahora era el turno del hombre de pelo blanco, que ya tenía mi libro entre sus manos. Yo seguía al pie de la letra los consejos de César para ser inolvidable: mirar a los ojos para volver ese encuentro una experiencia singular y parecer interesada, realmente interesada; asentir; si es posible; establecer contacto físico colocando los dedos sobre el dorso de la mano del interlocutor. Esta vez no lo hice; sin embargo, su boca hediendo a nicotina se acercó a la mía. Tosí. ¿Usted cree en fantasmas?, me dijo con expectación. Me estaba aplicando su propio test de calidad. No había casi nadie en la sala para auxiliarme. Más allá, Vicente Cervera conversaba con un muchacho que usaba una chaqueta con las insignias del Apolo 20 y, frente a mí, el hombre extraño que pudo haber sacado un puñal de su chaleco me contó que llevaba cerca de diez años teniendo experiencias con fantasmas. Habían empezado a revelársele cuando era guardia nocturno de un colegio privado, pero después le había tomado gusto al asunto y él mismo había solicitado trabajar en un centro comercial famoso por sus manifestaciones. Su aspiración más grande era que le aprobaran la aplicación de una guardianía en un instituto de arte que funcionaba donde antes había existido una cárcel. Se había vuelto bueno

sacando fotografías fantasmales. Me enseñó un par de tomas de su colección como quien enseña las fotos de las vacaciones con sus chicos. Todas iguales, un ambiente a oscuras y en el fondo, impreciso, un punto lechoso, tenuemente iluminado. Después de una perorata de cerca de diez minutos entendí que se trataba de un solitario desocupado que rondaba los lanzamientos de libros buscando redención, pero yo, tan racional tras mi facha empática, no tenía nada consolador que decirle. Le manifesté que lamentaba de todo corazón tantos sustos y que los fantasmas que incluía el libro eran buenos y lo entenderían. Se sintió ofendido, no quería mi compasión.

Fue allí cuando aparecieron mis editores poniendo orden y agradeciéndoles a todos por la rica velada. Yo recogí atolondrada mis apuntes y mi abrigo. Hacía fresco. Revisé el celular, ningún mensaje, ninguna llamada de Ecuador durante esa estancia en Valencia. Todavía quedaban varias ciudades por conquistar y vencer antes de volver a casa, a mi departamento de lecturas postergadas en donde una gata pendenciera y garruda me esperaba paseando en círculos; a las clases de la universidad pública a la que le habían recortado por cuarta vez el presupuesto; y a mi familia, donde picaba las piedras cotidianas sin ninguna pretensión.

Partimos a la celebración usual en estos casos. Era necesario pasarse un pelín de copas para digerir la incomodidad; tinto y luego una caña mezclada con soda aunque fuera un estropicio según Paco, mi editor, quien fumaba sin parar. Sonreír, convencer a Vicente para que se quedara otro rato, compartir con él la narración de experiencias oníricas y aseverar que la literatura es una convocatoria a fuerzas ingobernables que no terminamos de entender. Contarnos que ambos soñamos con animales y que a veces teníamos pesadillas en las que se nos caen los dientes; que alguna vez encontramos cuartos inesperados en las casas de nuestra infancia a manera de los *backrooms*; que uno es el mar y se derrama. Volver con un botellón de sangría al cuarto, algo ebria, para poder conciliar el

sueño y recibir las instrucciones de que mañana a las ocho en punto en la cafetería para salir hacia una nueva estación de la ruta, y lo que no alcanzase a dormir en la habitación lo haría en el asiento trasero del auto que ellos llamaban chachicar. Dos besos dos veces.

Dije que sí a todo y trastabillé en los escalones que llevaban a mi habitación. Solté una risita tonta frente a la perilla de la puerta del cuarto porque fallé al abrirla, como las buenas borrachas fallan. Insistí hasta encontrar en la pared el interruptor que no estaba donde lo había dejado y tuve que perseguirlo hasta que encendí la luz. Vi la ropa de frío puesta sobre la cama, una pila de libros en una esquina y el resto era un glorioso cansancio desordenado. Con los sentidos atontadísimos, bajé el interruptor y me quedé a oscuras hasta que mis ojos se acostumbraron al altorrelieve que toman todas las cosas que pasan de ser amenazantes hasta volverse tiernas. En la mesa de noche, el litro de sangría estaba aguardándome con la sensualidad de una aventura amorosa. Habitando esa irrealidad líquida y renegrada, avancé hasta el ventanal del cuarto y miré el edificio apagado que se encontraba enfrente. Una construcción que en la penumbra parecía calcinada por fuego y que durante el día vi habitada por palomas. La observé inspirada por el alcohol, auscultándola largamente, hasta que empecé a notar en sus resquicios la luminosidad blanquecina de una revelación.

Parado atrás de mí y a la derecha, donde se colocaba siempre para dar consejos, el contorno de César Dávila asintió y la aprobó soplando frío sobre el sensible pelo de mi nuca.

Tengo la línea final, dije en voz alta, con la lengua enredada: «Yo no creo en fantasmas, pero los veo».

Entonces, dentro de mí se prendió la llamita de una historia que, supe, luego ardería.

Noche de difuntos

*He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos
seremos transformados.
(1 Cor. 15:51)*

Mi esposa se ha ido ya, pero ha dejado todo listo para la noche de difuntos. Una olla con vísceras frescas recién condimentadas, agua recogida en galones, muchas fundas para los desechos —de esas negras y enormes donde cabría muy bien una persona doblada o en partes— y una pala de punta cuadrada, nuestra nueva adquisición del mes, que espera flamante tras la puerta. Ella se ha encargado muy bien de los preparativos porque desde que nos casamos ha estado muy pendiente de las cosas de la casa. Tú podrías vivir muy tranquilo metido en una caja de cartón si te dieran un televisor y un par de nalgas, me dice bromeando mientras ella ordena el mundo con bastante eficiencia. Para incluirme en sus planes, de vez en cuando me da tareas específicas, como la de la pala. Pero siempre me pasa lo mismo: cuando voy a la tienda de abarrotes para estas vísperas, ya la gente ha tomado lo mejor y me siento un absoluto inútil, así que he comprado la única pala que he encontrado, una que sirve para trasplantar palmeras, pero no para hacer huecos en la tierra.

Luego de la cola infinita hecha junto con adolescentes eufóricos por tener entre las manos sus primeras armas y de los tremendistas que llevan desde cañones hasta granadas para defender sus casas, me he topado con otros esposos que entraban jadeantes e iban directos a la parte de las herramientas grandes. Me divirtió ver sus caras de decepción. Hay maridos peores que yo. Cuando ella vio la pala demasiado pequeña, aún con la etiqueta puesta, se alzó de hombros y me dijo que no importaban mucho esos pequeños detalles en comparación con el gran plan que habíamos convenido. Tenía razón; ese era nuestro último año en la ciudad para la noche de difuntos. La siguiente nos íbamos a ir a vivir al extranjero, lo más lejano posible de esa tierra donde habíamos pasado toda la vida.

Por la tarde, alcanzando el final de la caravana, ella salió de la ciudad con la niña hacia las nuevas edificaciones que ha construido el Estado, que son cada vez menos una fortaleza y cada vez más un complejo turístico. Ahora les han instalado un parque acuático, un centro comercial y una iglesia con capacidad para 500 personas, que siempre está vacía porque sucede como en Semana Santa, que la gente no tiene ya cabeza para esas reverencias y solo los más viejos anochecen y amanecen orando por las almas de los difuntos. El resto hace lo de siempre: dar goce al cuerpo como si no hubiera mañana.

El año en que la acompañé me lo pasé pensando en mamá. Tienes la cabeza en otro lado, me decía Lucrecia, mejor no hubieras venido; y, sí, era verdad. Aguanté las horas muertas viendo reportes de los movimientos en la ciudad, mirando el sueño tranquilo de la niña e imaginando las manos flacas que llamaban a la puerta de nuestra casa vacía. Cuando Lucrecia volvió del cine y por fin se acostó a dormir, me escabullí a la capilla buscando consuelo. Alguien cantaba una melodía triste acerca de los insondables destinos de Dios. La religión siempre me ha parecido un pretexto para sufrir en grupo. Me juré no regresar jamás a perder allí mi tiempo.

Desde la ventana del coche, Lucrecia me preguntó otra vez, con desconfianza, si aún seguíamos con el plan convenido.

Luego de la decepción de la pala y de todas las decepciones anteriores, aclaré la garganta para contestarle que sí. Me dio un beso leve. Besa también a la niña, me dijo. Me la pasó por la ventanilla. Un pedacito de carne blanca que se daba poco conmigo y que pataleaba en cuanto la tomaba en brazos. Dormida era otra cosa; dormida podía imaginar que era solo mía y le decía: Hijita, por ti nos iremos de aquí, buscaremos una ciudad mejor donde el pasado no pueda alcanzarnos, tendré un trabajo diferente, te daremos un hermanito para que no tengas amigos imaginarios... Lucrecia se fue sonriendo, satisfecha.

El cachorro que habíamos adoptado las siguió a ambas ladrando y saltando un par de cuadras. Después volvió corriendo hacia mí, jadeante, con una confianza limpia y bonachona. Le llené el plato de comida en el patio delantero mientras miraba cómo los vecinos de enfrente también emprendían su huida. Este año la que debía aguardar al día de muertos era la esposa, aún bastante joven, porque su hermano menor acababa de fallecer. La saludé con la mano aparentando una cordialidad que no sentía; ella fingió no verme y se metió a la casa rápidamente. Desde ese instante, en nuestro barrio se extendió un profundo y desolador silencio. Me sentí en paz.

Cerca de las once de la noche, mientras veía noticias sobre los preparativos en toda la ciudad, escuché sonidos raros en el patio delantero y ladridos. Encendí las luces, los aspersores y tomé la pala, lleno de nervios. No podía ser posible que se hubiera adelantado la noche de difuntos, pero con eso de los inescrutables designios de Dios, pues quién podría saberlo. Encontré a la vecina arrodillada en el suelo, empapada, intentado atrapar a nuestro perro, que se le escurría de los brazos.

—¿Qué hace?! —le dije mirándola desconcertado.

El agua le humedecía el pelo, le marcaba los pechos y el culo. Era una muchacha guapa, muy agradable de ver. Y en aquella pose vulnerable...

—El inútil de mi marido no pudo conseguir este año una mascota y no tengo nada que ofrecer el día de muertos. Siem-